

Prólogo

El surgimiento de los guardianes

París, 1658

Una fina niebla avanzaba en silencio sobre el Marais, una capa de gasa que se depositaba por igual sobre las callejuelas empedradas y las grandes alamedas, silenciando suavemente la noche como la paja que se esparcía ante una carroza fúnebre. A lo largo del Sena, las farolas de París se encendían una tras otra con un resplandor húmedo y ambarino, traspasando apenas la noche con su luz.

Poco importaba. La tormenta que había arreciado sobre la *cit * durante tres días y tres noches había hecho buscar refugio tanto a hombres como a bestias, y en el Marais nada se movía. Nadie oyó el ruido de cascos que resonaba en la bruma, al principio como un suave fragor. Pero el ruido fue haciéndose más fuerte y más rápido, se convirtió en estrépito y poco después en un rugido que ni la niebla ni la muerte podían acallar ni hombre alguno dejar de oír, hasta que la estrecha calzada de la *rue Saint Paul* se llenó de caballos que, cubiertos de sudor, lanzaban espumarajos por la boca.

Chirriaron los postigos, se oyó el golpe de las ventanas de guillotina al alzarse, y todo a lo largo de la calle los vecinos se asomaron a ver qué era aquel tumulto. Pero los jinetes pasaron tan r pidamen-

te como habían llegado. Precipitándose hacia la carretera del río, trotaron frente al Hôtel de Sens, llegaron al Pont Marie y, ondeando sus negras capas al viento, cruzaron casi de un salto el Sena para perderse en la oscuridad más completa.

Más tarde, quienes los vieron murmuraron que aquellos jinetes no eran humanos; que sus gruesas capuchas sólo ocultaban pómulos de descolorido hueso y, sobre ellos, las órbitas vacías y ardientes de los ojos. Que las manos que sujetaban las riendas no tenían carne ni sustancia, y que los jinetes que, llegados con la estela de la tormenta, habían invadido los apacibles pastos de la Île Saint Louis eran en realidad emisarios del mismísimo diablo, y que todo lo que sucedería después no era más que un justo castigo.

En la oscuridad, más allá del Pont Marie, el jefe de aquellos esbirros del diablo refrenó a su montura, una masa de nervios y músculo que resoplaba y relinchaba, y se arrojó de la silla aún en marcha. El manto de lana negra ondeó sobre sus botas cuando avanzó entre el barro y la maleza y levantó el puño (de carne y hueso) para aporrear la puerta de una vieja casa de piedra con toda la fuerza de su brazo y de su hombro.

Dentro, la llamada se oyó con toda claridad, como claro era su propósito. En efecto, los moradores de la casa habían intuido la llegada de los jinetes y sus intenciones mucho antes de que cruzaran el puente con estruendo.

Desmontó otro jinete con la antorcha en alto.

—¿Están dentro?

—Sí, hasta aquí llega el hedor de su astucia —contestó el otro antes de aporrear de nuevo la puerta—. *¡Ouvre-moi! ¡Abre, perro insolente! ¡En nombre de la Fraternitas Aureae Crucis!*

Como impelida por sus palabras, la hoja de una puerta arqueada y desgastada por la intemperie se abrió con un chirrido, basculando sobre sus rígidos goznes, y la herrumbrosa anilla de hierro que le servía de aldaba resonó, impotente, al detenerse.

—¿*Oui?*

—El Don —dijo el jinete con voz rasposa, apoyando su ancha mano sobre la puerta—. Hemos venido a por el Don.

Un fraile de cara redonda, el hábito de un marrón apagado a la luz parpadeante de las antorchas, los ojos febriles, levantó la mirada hacia el recién llegado.

—Enseguida —bramó el jinete, y se llevó la otra mano a la empuñadura de la espada.

El fraile meneó la cabeza.

—*Je ne sais pas ce que vous voulez.*

—Vos, señor, sois un maldito embustero —repuso el jinete con mortífera suavidad—. El Don, amigo. Ahora mismo, u os juro por todo lo que es sagrado que os ataré por las muñecas y os llevaré a rastras hasta Saint Paul para que deis cuenta ante nuestros hermanos jesuitas. ¿Y qué diréis entonces en vuestra defensa? ¿Eh?

El rostro del fraile se contrajo, lleno de vehemencia.

—*Très bien* —gruñó, arrojando saliva—. ¡Que este pecado pese sobre vuestra cabeza!

Pero no se movió. El jinete permaneció inmóvil, sin decir nada, con la mano posada nerviosamente sobre la espalda.

—He jurado lealtad a Dios —afirmó—, no a la paz. Haríais bien en hacerme caso.

Tras un largo suspiro, el fraile se apartó de la puerta, revolvió en la penumbra unos instantes y regresó con un bulto grande apoyado en la cadera.

El jinete se inclinó sobre el umbral de piedra y apartó con cuidado los pliegues de lana hasta que una carita soñolienta asomó bajo un montón de rizados rojos, con el puño minúsculo pegado a la boca.

—No, Sibila —dijo en voz baja el jinete—. El pulgar no, pequeña.

Estiró los brazos hacia la niña y sus altas botas crujieron en medio del silencio.

Pero en el último momento el fraile dudó y dio un paso atrás en la penumbra.

—*¡Imbécile!* —siseó—. ¡Pensad lo que hacéis! ¡Es *l'Antéchrist!*
Os pesará este día cuando estéis en el infierno.

—El único día que me pesa —replicó el jinete, pasando por la fuerza— es el día en que ella puso rumbo a este lugar.

El fraile escupió sobre las baldosas, entre sus botas firmemente plantadas en el suelo.

—Pero ahora hemos vuelto —añadió el jinete al tiempo que sacaba su espada, cuyo chirrido de acero resonó en la noche—. Y lo único que cabe preguntarse, *mon frère*, es si Dios os permitirá vernos marchar.

Capítulo 1

Sólo los buenos mueren jóvenes

Londres, 1848

Sangre, sangre por todas partes.

Sorda a los susurros y a los pasos apresurados que iban y venían por el corredor, Grace Gauthier levantó sus manos y las miró con desapasionado aturdimiento a la parpadeante luz de gas de las lámparas. Tenía la sensación de que sus dedos y sus palmas, y hasta los puños destrozados de su bata, pertenecían a otra persona.

Del otro lado del corredor llegaban susurros cautelosos.

—Está atontada por la impresión, ¿verdad?

—Sí, y éste murió nada más caer al suelo.

Grace se estremeció.

¿Había sufrido él? Ojalá no. Bajó las manos, cerró los ojos y se recostó contra la pared de la sala para dejar de temblar, pero enseguida comprendió que el temblor le salía de muy adentro, de los mismos huesos, y que no sería fácil aquietarlo.

En alguna aparte, en el piso de abajo, sollozaba una mujer. Ella también debería estar llorando. ¿Por qué no lloraba? ¿Por qué no conseguía entender todo aquello?

—¿Señorita Gauthier?

Aquella voz que chapurreó su nombre le llegó de muy lejos, pero Grace no se inmutó. Se sentía como si estuviera en un túnel, muy, muy lejos de aquel silencioso caos. Pero no lo estaba. Estaba allí, Ethan había muerto y todo aquello le parecería de pronto espantosamente real. Los largos meses que había pasado en los campos de batalla del norte de África le habían enseñado que el aturdimiento ante la muerte no era más que un alivio pasajero.

—¿Señorita? —repitió aquella voz.

Una voz inglesa, pero no cultivada. Tampoco como la de Ethan, sin embargo. Desprovista de la dureza y el aplomo de la voz de un hombre que se había hecho a sí mismo.

—¿*Oui*? —dijo y se obligó a abrir los ojos.

Una mano cálida y gruesa se deslizó bajo su codo.

—Lo lamento, pero ha de acompañarme a la biblioteca, señorita.

Se apartó de la pared y avanzó con él por el corredor como una autómatas. ¿Cómo se llamaba? Se lo había dicho al irrumpir en el despacho de Ethan, aquel hombre ancho y de mejillas rubicundas que la sujetaba con firmeza por el codo. Y se lo había repetido al apartarla del cadáver, con voz suave y tranquilizadora, como si hablara con una niña.

O con una loca.

Pero su nombre se le había escapado, junto con todas sus esperanzas. Tiró de ella rápidamente más allá del despacho, donde varios hombres de uniforme azul y botones metálicos hablaban en voz baja, y la hizo bajar por la amplia escalera, donde la corriente que entraba por la puerta abierta agitó los faldones de su bata. Los sollozos procedentes del interior de la casa se convirtieron en un inhumano gemido de aflicción.

Ella vaciló, el bolo del poste de la escalera frío como el cuerpo de Ethan bajo su mano.

—Debería ir —murmuró—. Debo ver a Fenella... a la señorita Crane.

Pero el hombre no le hizo caso.

—Sólo un par de preguntas más, señorita —dijo sin aflojar el paso—, luego podremos...

Se interrumpió al ver aparecer a otro hombre. El cuarto, pensó Grace. O el cuadragésimo, quizás. Estaba tan aturdida que no llevaba la cuenta.

Pero, a diferencia de los otros, aquél no llevaba uniforme. Iba elegantemente vestido, como para ir al teatro. Con la capa negra agi-tándose alrededor de sus tobillos, se materializó como un espectro entre la niebla de Londres, subió los peldaños y, quitándose los finos guantes de cabritilla, cruzó la puerta abierta como si fuera el dueño de aquella casa y de todo cuanto había en ella.

Lo absurdo de todo aquello amenazó con sumir definitivamente a Grace en la histeria. Ethan yacía muerto en medio de un charco de sangre, detrás de su escritorio, en su propia casa. ¿Y el resto de Londres seguía como si tal cosa? ¿La gente seguía yendo al teatro?

El recién llegado sorteó ágilmente el montón de maletas que había en el vestíbulo y se dirigió hacia ellos. Sus pasos resonaron enérgicamente sobre el hermoso suelo de mármol.

—Buenas noches, subcomisario.

El hombre que escoltaba a Grace se puso firme al tiempo que se metía limpiamente el alto sombrero bajo el brazo.

El recién llegado se detuvo a unos pasos de ellos y recorrió rápidamente a Grace con la mirada.

—Buenas noches, Minch. ¿Ésta es *mademoiselle* Gauthier?

Pronunció su nombre impecablemente, *Go-tié*, como si fuera francés de nacimiento.

—Sí, señor —repuso Minch—. ¿Le ha informado el capitán?

—No ha sido preciso. El propio sir George consideró conveniente sacarme de la ópera a rastras. —El hombre, el comisario o lo que fuese, inclinó la cabeza para mirarla a los ojos—. Mi más sincero pésame, *mademoiselle*. Tengo entendido que el fallecido era su prometido.

Grace intentó sostenerle la mirada, pero era fría como el hielo.

—*Oui*, yo... nosotros... teníamos... —De pronto, una oleada de pena y horror estuvo a punto de ahogarla—. Te-teníamos un acuerdo.

El recién llegado se hizo cargo de la situación.

—El sargento Minch nos acompañará al salón, donde podemos hablar en privado —dijo—. Si tiene la bondad de acompañarlo...

Era la primera indicación que le daban que no sonaba como una orden marcial. Sonaba, en realidad, como algo mucho más peligroso que eso. El subcomisario la agarró del brazo y un instante después Grace se halló sentada en el sillón favorito de Fenella, junto a la chimenea, con una copa de coñac en la mano.

—Bébaselo, *mademoiselle*.

Pasado un tiempo, levantó la mirada y vio que estaba a solas con aquel hombre moreno de nariz afilada como una espada. Se había quitado la capa y los guantes y la miraba con serena intensidad.

—¿Dónde está la señorita Crane? —susurró Grace, tirando nerviosamente de los puños ensangrentados de su bata—. Debería... debería cambiarme e ir en su busca.

El subcomisario desvió la mirada.

—Le doy mi más sincero pésame, *mademoiselle* —repitió—. Los baúles y las maletas que hay en el pasillo... Entiendo que son suyos.

Grace se humedeció los labios y sintió el sabor del coñac, que no recordaba haber bebido.

—Sí, iba a ir a casa de mi tía —logró decir—. Para que Ethan, el señor Holding, mandara el anuncio a los periódicos mañana.

—¿El anuncio? —Entornó los ojos—. ¿De su compromiso?

—Sí. —Se le quebró la voz—. Su año de luto había... había acabado.

Y el suyo acababa de empezar, de nuevo.

—Me temo, *mademoiselle* —añadió él— que no puedo permitir que saquen el equipaje esta noche.

—¿Esta noche? —Grace parpadeó—. Pero... Naturalmente, no tenía intención de hacerlo.

Él la miró un momento en silencio mientras acariciaba rítmicamente con un dedo el borde de una carpeta de piel que sostenía en equilibrio sobre la rodilla. Y mientras lo miraba, volviendo poco a poco en sí, Grace comprendió que aquello era precisamente lo que más había temido Ethan. El escándalo. Las habladurías. Los abigarrados fragmentos de una vida poco aristocrática, cosas cuyo rastro un antiguo comerciante con aspiraciones sociales no se atrevía a seguir más allá de los blancos soportales de Belgravia. Todos los esfuerzos de Ethan por encajar, por ser uno de ellos, no servirían para nada.

Entonces, sin embargo, se acordó: ya no importaba.

El subcomisario siguió hablando:

—Una doncella se encargará de guardar en una maleta aparte, bajo supervisión, las cosas que vaya a necesitar en los próximos días —añadió—. ¿Tiene familia en Londres? ¿Adónde iba a ir mañana?

—A casa de mi tía —contestó Grace, perpleja—. Lady Abigail Hythe, en Manchester Square.

—Hythe. —Se quedó pensando un momento, pero no dio muestras de reconocer el apellido—. Bien, ahora debo pedirle que tenga la bondad de repasar conmigo lo sucedido esta noche, señora. Después, cuando se haya cambiado y esté hecha su maleta, el sargento Minch la acompañará a casa de su tía.

De pronto, por primera vez esa noche, se sintió horrorizada por hallarse en camisón entre todos aquellos desconocidos. Debería haber sentido vergüenza, pero enseguida se dio cuenta de lo que acababa de decirle aquel hombre.

—¿Marcharme esta noche? —preguntó bruscamente—. ¡Eso es imposible! Las niñas me necesitan. La señorita Crane querrá que esté aquí. *Mon Dieu*, señor, han perdido a su padre, y la señorita Crane a su hermano. Jamás se me ocurriría abandonarlos en un momento así, por apenada que esté.

Él ladeó ligeramente la cabeza y la observó. Grace nunca había visto unos ojos grises de un tono tan frío como aquéllos, que pare-

cían taladrarla. Sintió entonces un estremecimiento de temor que le corrió por la espalda, dejándola helada.

Inexplicablemente, aquella lucidez le dio valor. O quizá fuera indignación. Ethan había muerto, sí. Pero ella había sobrellevado cosas mucho peores. Era hija de un comandante, por el amor de Dios. No le tenía miedo a un simple burócrata.

—*Monsieur* —dijo en tono crispado—, un hombre bueno y un buen amigo del gobierno de Su Majestad acaba de ser asesinado a sangre fría. Confío en que la policía tenga cosas mucho más urgentes de las que preocuparse que del lugar donde vaya a pasar la noche una simple institutriz. De hecho, confío en que dentro de una hora tenga en la calle a todos los hombres de Scotland Yard.

—Soy muy consciente de la alta estima en que tenía el gobierno al señor Holding, señora —repuso el subcomisario—. Si no lo era ya antes, la visita que he recibido esta noche por cortesía de nuestro ministro del Interior me lo habría dejado absolutamente claro.

Ella se levantó rápidamente.

—Muy bien, entonces —dijo. Usted tiene muchas cosas que hacer y yo he de bañarme, cambiarme y ocuparme de Fenella y de las niñas. Le aseguro, señor... Disculpe, pero no recuerdo su nombre...

—Napier —contestó él sin levantarse, una terrible ofensa al protocolo—. Subcomisario Royden Napier, de la Policía Metropolitana. Ahora, haga el favor de volver a sentarse, *mademoiselle* Gauthier.

Grace se irguió en toda su estatura.

—Sólo será un momento —dijo con toda la altivez gala que pudo reunir—. Me temo que he de insistir.

Él titubeó sólo un momento, como si sopesara algo para sus adentros. Luego dijo:

—Lo siento mucho, *mademoiselle*, pero no puede irse aún, ni puede ver a la hermana de su prometido. Hemos dado orden al servicio de que sólo se queden uno o dos criados esta noche en la casa. Debemos proceder con los interrogatorios y registrar la casa en busca de pruebas incriminatorias.

—¿Pruebas? —preguntó Grace—. ¿Dentro de la casa? Pero el ladrón habrá venido de fuera. ¿No? ¿Algún...? ¿Cómo los llaman? Algún caco. Y las niñas... ¿quién las consolará?

En el semblante del subcomisario se dibujó una especie de piedad.

—Creo que la hermana de su difunta madre... —Consultó su carpeta—. Una tal señora Lester, va a venir a recogerlas para llevarlas a su casa de campo, en Rotherhithe. De modo que, dadas las circunstancias, lo mejor será que vaya usted a casa de su tía, como estaba previsto.

—¿Esta noche?

—Sí, *mademoiselle*. —Siguió acariciando con un dedo su carpeta de piel—. Esta noche.

Entonces por fin comprendió Grace lo que aquel hombre no le estaba diciendo en voz alta. No se trataba de aflicción, ni de piedad, ni siquiera de lo que quizás hubiera visto ella. Aquel hombre no se fiaba de ella. Tal vez incluso, que Dios se apiadara de su persona, la consideraba sospechosa.

Apuró el resto del coñac con mano temblorosa.

El escalofrío del miedo había vuelto.

Mientras el sol de la mañana se alzaba sobre Westminster, Adrian Forsythe, lord Ruthveyn, echó la cabeza hacia atrás para que su ayuda de cámara afeitara la última franja de vello negro de su garganta, confiando a medias en que le temblara la muñeca y le seccionara la yugular.

A aquella idea siguió, sin embargo, el sonido que hizo Fricke al limpiar la hoja de la cuchilla pasándola por el borde de la bacía.

¡Ay, no sería hoy!

Ruthveyn se irguió en su silla y tomó la toalla caliente que le ofreció Fricke.

—Bien, acabemos de una vez, Claytor —dijo hoscamente, dirigiéndose a su secretario mientras se limpiaba los restos de jabón de

la cara—. ¿Qué más ha salido mal estas últimas doce horas, aparte de las dos ventanas rotas, la conmoción cerebral de Teddy y ese pequeño contratiempo con el alguacil?

Claytor aguardaba de pie en la puerta abierta de su dormitorio, con el sombrero todavía entre las manos y el semblante descolorido.

—¿Qué más? —repitió el secretario—. Yo diría que es suficiente con eso, ¿no?

—Entonces puede marcharse. —Ruthveyn arrojó al suelo la toalla y, desdoblando su enjuta figura, se levantó de la silla—. Dígale a Anisha que confío en ir a cenar a casa. Luego iré a ver a Teddy.

—Muy bien. —Claytor pareció retorcer el ala de su sombrero—. Pe-pero el alguacil vino ayer por la tarde, señor. Y hoy es... bueno, hoy.

El marqués se quitó la bata. Desnudo hasta la cintura, con el faldón delantero de los pantalones medio abotonado, se estiró para alcanzar la camisa limpia que Fricke acababa de dejar sobre la cama. Sabía adónde quería ir a parar su secretario, y no le serviría de nada.

—¿Tiene algo que decir, Claytor? —preguntó por fin.

El secretario abrió los ojos de par en par.

—He hecho lo que he podido, señor. Le dije a Ballard que llamara al cristalero y al pequeño Teddy ya le han dado puntos, pero ¿qué voy a hacer yo respecto a lo demás? ¿Respecto a lord Lucan?

—Dejar que se pudra —sugirió Ruthveyn mientras se pasaba la camisa por la cabeza.

—Pe-pero ¿en la cárcel, por deudas? —balbució Claytor.

—Todo hombre ha de aprender a vivir conforme a sus ingresos —repuso el marqués al tiempo que se ajustaba el cuello y los puños de la camisa—. Sencillamente, preferiría que mi hermano aprendiera cuanto antes.

—Pero, señor, ¡su hermana está fuera de sí! ¡Lady Anisha estaba llorando! ¡Usted no sabe cómo fue, señor! No estaba allí.

No estaba allí.

La frase quedó suspendida en el aire un instante, ligeramente entreverada de reproche. Sólo un ápice. Claytor sabía a qué atenerse. Ruthveyn le pagaba bien, muy, muy bien, y su mal genio era de todos conocido. Y sí, últimamente casi siempre estaba fuera de casa.

—El chico se ha endeudado, Claytor —respondió—. Que se las arregle solito para salir de ésta.

No sería fácil, desde luego. Lord Lucan Forsythe recibía una renta trimestral de la finca, y el siguiente pago no era hasta el día de san Miguel. Tiempo suficiente, confiaba Ruthveyn, para que escarmentara, pero no tanto como para que los chinches envenenaran su sangre, muriera de disentería o, peor aún, comenzara a codearse con sujetos aún de más baja estofa de los que frecuentaba desde su llegada a la ciudad. Ruthveyn tenía la impresión de que nada de eso sucedería, pero hasta él podía equivocarse. Y las cárceles para deudores eran lugares míseros y sórdidos.

El marqués se remitió con cierta brusquedad los faldones de la camisa y tiró del resto de los botones. Quizá debería haber estado más pendiente de Lucan, pero en realidad lo sucedido le había parecido inevitable desde el principio. Y, tal y como había señalado Claytor, desde hacía seis meses se alojaba casi siempre allí, en una suite del piso de arriba de su club privado, y hacía venir de Mayfair a su ayuda de cámara, a su secretario y a quien creyera conveniente, cuando lo creía conveniente. No le gustaba que le contrariaran, aunque estuviera en el exilio.

Claytor se dio por vencido.

—Para cenar, entonces, milord —murmuró inclinando rígidamente la cabeza—. Le diré a lady Anisha que lo espere.

Se volvió para marcharse en el mismo instante en que Fricke ofrecía la corbata a Ruthveyn. El marqués la cogió y pareció aplacarse.

—Mire, Claytor —dijo por encima del hombro—, lo siento, pero esta mañana me duele la cabeza y estoy de mal humor. Aun

así, ningún joven se ha muerto por pasar quince días encarcelado por sus deudas. En realidad, creo que a mi hermano le hará mucho bien.

—Pero ¿piensa usted sacarlo de allí? —preguntó Claytor con cierta amargura—. ¿O va a dejar que vaya derecho a la cárcel por sus deudas?

Ruthveyn se giró al oír aquello.

—Cuidado, muchacho. —Su voz sonó amenazadoramente suave—. No confunda una explicación con una licencia para expresar libremente sus opiniones.

Claytor bajó la mirada.

—Le ruego me disculpe —contestó—, pero puedo decirle lo que va a pasar, señor. Dentro de cuatro o cinco días, cuando el alguacil vuelva otra vez con sus exigencias y se hayan amontonado unos cuantos acreedores más, lady Anisha irá a Houndsditch y empezará a vender sus joyas. Eso, señor, es lo que pasará.

Lo peor era que quizá Claytor tuviera razón. Pero eso era decisión de Anisha.

—Mi hermana no va a ser una prisionera en mi casa —contestó con calma—. Sus joyas, y su vida, son suyas ahora. Puede hacer con ellas lo que le plazca. Sólo confío y rezo por que se proponga educar a Tom y a Teddy con más severidad de la que nuestra madrastra puso en educar a Lucan.

—Pero, milord, no puede haber sido tan...

—Usted no sabe cómo fue, Claytor —lo atajó Ruthveyn—. No estaba allí.

Pero, por más que pagara a Claytor con su propia moneda, lo cierto era que él tampoco había estado allí. No muy a menudo, al menos. Por aquel entonces estaba empezando su carrera diplomática y, como su padre antes que él, había recorrido el Indostán arriesgando su vida y su integridad física al servicio del gobierno de Su Majestad y al de su ilustre casa de lenocinio, la Compañía de las Indias Orientales. Entonces, como ahora, había evitado a su familia.

Había evitado cualquier contacto íntimo. Y no era tan necio para confundir la intimidad con el sexo. Ni siquiera con el amor.

Quererlos, los quería a todos, hasta a Lucan, aquel mozalbete arrogante y estúpido. Los quería más que a la vida misma. Pero su llegada de Calcuta, seis meses antes, había sacudido hasta sus cimientos la vida que con tanto afán había intentado edificar.

Anisha, sin embargo, era ahora viuda y tenía dos pequeños golfillos a los que criar. Y en cuanto a su hermano... En fin, Lucan necesitaba sencillamente un padre. Lástima que no lo tuviera.

—¿Qué levita, señor? —preguntó Fricke cuando la puerta se cerró detrás de Claytor—. He traído la azul oscura y la negra del año pasado.

—La negra. —Ruthveyn se quitó la corbata a medio anudar—. Y quiero un corbatín negro para acompañarla.

—En efecto —murmuró Fricke al llevarse la corbata desdeñada—. Estamos de un humor muy negro, deduzco.

—Ha sido una noche negra —repuso él.

No era preciso decir más. Los vestigios de una noche complicada yacían dispersos por la habitación: una botella vacía de coñac, un frasco de botica sin el tapón de corcho, ceniceros sucios y el olor penetrante del tabaco especiado y el hachís impregnando aún el aire.

Fricke acabó de vestirlo en silencio, tocándolo lo menos posible. Cualquiera que trabajara al servicio de Ruthveyn descubriría muy pronto sus manías en ese sentido, y al marqués lo traía sin cuidado lo que sus sirvientes pensarán al respecto.

Completado su aseo, se tiró una última vez de los puños para enderezárselos y bajó a pedir un ejemplar del *Morning Chronicle* recién salido de la imprenta y una tetera de aquel té tan fuerte que siempre tenían a mano para él.

Encontró vacío el salón de café del club, excepción hecha del doctor Von Althausen y lord Bessett. Éste último estaba inclinado sobre una de las cajas de Von Althausen y la observaba a través del

monóculo dorado del doctor. Ruthveyn lo saludó con la cabeza al pasar y Bessett le indicó que se acercara.

—Anoche tuvimos noticias de Lazonby —dijo en voz baja—. Los asuntos de su padre se han solucionado. Va a llevar a la pequeña con la familia de su madre. Allí estará a salvo.

—Un plan excelente —contestó Ruthveyn—. Buenos días, doctor. ¿Qué tiene ahí?

—Una mosca africana tumbú, muy rara —repuso Von Althausen, mirando el espécimen—. Eche un vistazo. Verá, las larvas se introducen bajo la piel y las ampollas purulentas que causan...

—Válgame Dios —contestó Ruthveyn con una mueca—. Aún no he desayunado.

—Si eso no te interesa, amigo mío, el doctor repetirá esta noche sus experimentos de galvanismo —comentó Bessett—. El generador electromagnético ya está reparado.

—Gracias, pero no pienso acercarme a ese cacharro —dijo Ruthveyn—. Creo que dejaré que los misterios de mi cerebro sigan siendo eso, misterios.

—A veces hay que sacrificarse en nombre de la ciencia, Adrian —masculló Von Althausen—. Especialmente en su caso. A fin de cuentas, si el cerebro de la *Electrophorus electricus* puede generar un campo eléctrico alrededor de su cuerpo, imagínese lo que...

—No —lo interrumpió el marqués con firmeza—. Yo no soy una anguila. Gracias. Continúen, caballeros.

Von Althausen se despidió de él con gesto distraído y ambos se enfrascaron de nuevo en su examen del ejemplar de mosca africana.

Ruthveyn ocupó su sitio de costumbre (solo en una mesa situada junto a la ventana central) y bebió su té mientras hojeaba distraídamente el periódico. El té estaba caliente, el opulento salón era confortable y el día que tenía por delante estaba tan preñado de posibilidades como pudiera desear un riquísimo y aristocrático marajá. La noche, sin embargo, aún pesaba sobre su ánimo.

Iba a tener que prescindir de la señora Timmonds.

En realidad era una pena, siendo su amante tan bella. Pero Ruthveyn empezaba a sentir hacia ella un hormigueo de afecto. Y lo que era peor aún: la dama había empezado a hacerle demasiadas preguntas comprometedoras. No había hecho caso de sus advertencias iniciales, a pesar de que las había expresado de manera inequívoca. Y ahora... Bien, sencillamente le tenía demasiado cariño para asertarle el revés que solía reservar para quienes lo desobedecían.

Estaba, aun así, enfadado: un poco con ella, pero sobre todo consigo mismo. ¿Cuánto tiempo había creído que podía ejecutar los intrincados pasos de aquella danza, que le hacía tropezar una y otra vez? Pasados apenas seis meses había empezado a sentir aquel impulso, aquel deseo seductor de arrojar la cautela por la borda y saltar el abismo que había interpuesto premeditadamente entre ellos. No porque se hubiera enamorado, de lo cual era incapaz, sino porque, como le ocurría con Anisha, con Luc y los niños, quería cuidar de Angela Timmonds. Hacerla feliz.

Nunca, sin embargo, había hecho feliz a una mujer. No por mucho tiempo.

Llevado por un impulso, agarró la campanilla colocada en el centro de la mesa y al instante apareció un lacayo de semblante inexpresivo.

—¿Más té, milord?

—No. Tráigame a Belkadi.

El lacayo inclinó la cabeza.

—En este momento está con el vinatero, señor, pero se lo diré.

Tomada ya una decisión, Ruthveyn recorrió con la mirada la primera página del diario, pero ardía de impaciencia de tal modo que no asimiló ni una palabra de lo que leía. Bien sabía Dios que no necesitaba otra noche como aquélla. No quería tocar a una mujer y sentirse luego desgarrado por las dudas. Ni prescindir fríamente de ella como si fuera un trapo inservible. Dejarla sollozando sola en la oscuridad.

Ni siquiera él era tan cruel. Y, sin embargo, lo había hecho.

Al recordarlo, dejó a un lado el periódico y esperó, rígido por la emoción contenida, hasta que Belkadi se dignó a aparecer por fin. El mayordomo del club ejecutó una leve reverencia, el traje negro impecablemente planchado, el cabello también negro recogido severamente hacia atrás en una anticuada coleta.

—¿Deseaba verme?

Belkadi, aquel demonio arrogante, nunca decía «señor» como no fuera en tono rebosante de sarcasmo, de modo que Ruthveyn ya no lo esperaba de él.

—Siéntese —dijo, indicándole una silla—. Un poco de Assam.

—¿La mezcla de Von Althausen? —contestó el mayordomo con tenue acento extranjero—. No, gracias. Prefiero conservar el forro de mis intestinos.

Pero se sentó de todos modos.

Ruthveyn empujó un poco más allá su periódico.

—Bien, dígame, amigo mío, ¿ha ordenado a su vinatero que deje de mandarnos esa bazofia colorada que él llama «clarete»? —preguntó—. ¿O se ha limitado a decapitar a ese pobre infeliz?

—No creo que me haya hecho venir para hablar de la bodega —repuso Belkadi.

Ruthveyn esbozó una sonrisa, pero no le sostuvo la mirada.

—No, en efecto —contestó—. Quiero prescindir de la señora Timmonds. ¿Se ocupará usted?

El mayordomo manifestó su sorpresa levantando casi imperceptiblemente una ceja.

—¿Por qué quiere que así sea?

—¿Que por qué? —repitió Ruthveyn—. ¿Y a usted qué puede importarle? Quizá me haya cansado de la dama. O quizá me interese otra. Sean cuales sean mis motivos, fue usted quien arregló este asunto. Ahora, póngale fin.

Una sombra cruzó los ojos de Belkadi. Se levantó suavemente y ejecutó otra reverencia.

—Desde luego, señor.

Ruthveyn lo vio dar media vuelta para marcharse, la espalda rígida.

—Y Belkadi —añadió—, una cosa más.

El mayordomo se volvió hacia él.

—Ofrézcale el usufructo de por vida de la casa de Marylebone y una renta anual de la cantidad que usted considere justa. Dígale a Claytor que se encargue de ello.

Belkadi volvió a inclinarse rígidamente ante él. Su negra mirada no traslucía emoción alguna.

—Le haré llegar su generosa oferta —contestó—, pero la señora Timmonds no carece de orgullo.

Ni de pretendientes, agregó Ruthveyn para sus adentros.

Estaba seguro de que la dama no lloraría mucho tiempo su ausencia. De hecho, al cabo de una semana se alegraría de haberse librado de él. Alejó bruscamente de sí aquella idea y consiguió concentrarse en el diario, a pesar de que era un periodicucho de radicales. Cualquiera hombre sensato procuraba conocer a sus enemigos. Pasó un rato leyendo en silencio, hasta que en la página tres un nombre llamó su atención y su boca se tensó en una mueca de amargura.

Miró a Von Althausen torciendo el cuello.

—Parece que nuestro plumilla predilecto se ha quedado sin chismorreos salaces que dar a la imprenta y ha recurrido a la astronomía —dijo—. Asegura que Lassell ha descubierto otra luna alrededor de Saturno.

—¡Buf! —repuso el buen doctor—. Enviaré mis felicitaciones a William por su descubrimiento, pero respecto a ese mequetrefe, yo le habría encargado las necrológicas.

Ruthveyn contestó con un gruñido afirmativo y se volvió de nuevo hacia la ventana. Fue entonces cuando la vio: una mujer alta, vestida de negro y gris, entraba con paso decidido en Saint James's Place desde la avenida principal.

Ruthveyn no supo por qué se había fijado en ella. Rara vez miraba a los demás. Quizá fuera por el velo de blonda negra que cubría

toda su cara, salvo la punta de su barbilla, y que le prestaba cierto aire de misterio. Fuera por lo que fuese, una vez que comenzó a observarla ya no pudo apartar la mirada. Fue acercándose con paso presuroso y firme hasta que, justo enfrente de los seis escalones que conducían a la entrada del club, se detuvo y miró hacia arriba como si quisiera observar los símbolos labrados en el frontispicio.

Al menos eso le pareció a Ruthveyn, que los observaba, pero era imposible saberlo con certeza a causa del velo. Era, de hecho, como si todo su ser, su carácter, sus sentimientos, sus intenciones, estuviera igualmente velado, pues no dejaba traslucir ni un ápice de su íntimo temperamento. A excepción de lo que podía ver con sus dos ojos, una mujer joven y esbelta, con gusto impecable en el vestir y cabello de color miel, era un misterio. Qué extraño.

Se sintió atravesado de pronto por una punzada de frustración. ¿O era acaso de fascinación? Sintió el impulso de levantarse y bajar la escalinata para alzar el velo, tocar su cara y mirarla a los ojos.

Qué locura. Un instante después se obligó a relajarse en su asiento. Obligó a su respiración a aquietarse y a su mente a concentrarse en el flujo incesante del aire entrando y saliendo de sus pulmones.

Había tenido una mala noche. No le hacía falta tener también un mal día.

La dama del velo de blonda no era de su incumbencia. Tal vez sólo estuviera paseando por Saint James's Place y se había detenido a admirar los extraños símbolos de la fachada. Quizá fuera una turista. Era lo más probable, en realidad, pues aunque elegantes, su sombrero negro y su vestido gris no se correspondían con la moda de Londres. Y Ruthveyn lo sabía bien. Últimamente, había comprado un montón de ropa de mujer.

El recuerdo de la señora Timmonds lo ayudó a olvidarse de la dama del velo. Se sirvió otra taza de té y abrió de nuevo el *Chronicle*. Por pura perversidad comenzó a leer el artículo acerca de la luna de Saturno, aunque el firmamento era más la especialidad de Anisha

que la suya. Sin embargo, apenas había llegado a la mitad de la columna cuando se escuchó un tumulto en el vestíbulo de abajo.

Oyó a Belkadi hablando con firmeza y en tono brusco, lo cual era muy extraño. Belkadi rara vez hablaba ásperamente. Al igual que a él, no le hacía falta.

En ese instante, una voz de mujer resonó en el pasillo, enérgica y levemente enojada. Ruthveyn lanzó otra mirada a Von Althausen. El médico se encogió de hombros y ladeó la cabeza hacia el alboroto. *Le toca, amigo mío*, pareció decir con la mirada.

Ruthveyn suspiró, empujó su taza de té y se levantó. Las investigaciones de la Sociedad atraían de vez en cuando, por su índole, a algún lunático furioso hasta sus puertas. A nadie le gustaba, pero así era. Y había que salirles al paso.

Salió de la sala y bajó por la espaciosa escalera de mármol, que bajaba un piso y medio y se vertía en el vestíbulo principal como una ancha y blanca cascada, y al instante le sorprendió ver a la dama de negro y gris junto a la puerta de entrada. Sostenía sobre el brazo su manto de lana negra y se estaba quitando los guantes con tirones cortos y enérgicos, como si tuviera intención de quedarse.

Como sucedía con los lunáticos, era poco frecuente ver a una mujer más allá de la puerta del club, pero no era inaudito. La Sociedad albergaba salas de lectura y una vasta biblioteca que de vez en cuando se abrían al público en general. Aquella dama, sin embargo, no parecía una estudiosa.

En ese instante se levantó el velo y dejó al descubierto un rostro tan clásico y elegante como su atuendo, y una tez tan macilenta como la de Claytor esa mañana. Ruthveyn acabó de bajar ágilmente las escaleras con los ojos fijos en aquella cara de grandes ojos azules y boca carnosa y más bien trémula. Y aun así, pese a la emoción que irradiaba, no percibió nada en ella. Era extrañamente desconcertante.

La discusión subió de tono. La señora levantó su pequeña mano, con la palma vuelta hacia la cara de Belkadi.

—Le doy las gracias, señor. —Tenía una voz aguda, con leve acento francés—. Pero le aseguro que no pienso marcharme. Es urgente que vea al sargento Welham.

—Si la señora tiene la amabilidad de escucharme —repuso Belkadi en tono altivo—, volveré a explicarle que...

—¿Puedo ser de alguna ayuda, Belkadi? —terció Ruthveyn.

El mayordomo le tendió una bandejita con una tarjeta.

Ruthveyn la miró.

—¿*Mademoiselle* Gauthier? —dijo, leyendo en voz alta aquel nombre vagamente familiar—. ¿En qué puede servirle la Sociedad Saint James?

—En modo alguno —contestó ella tajantemente—. Y en todo caso, si ésta es la Sociedad Saint James, ¿por qué dice «F.A.C» en el frontispicio?

Ruthveyn levantó las cejas en un gesto sumamente arrogante.

—Alguna obscura frase latina, creo, señora —respondió—. ¿Puedo preguntar que la trae por aquí? ¿Algún libro raro de nuestra biblioteca, quizás?

—¿Un libro raro? —repitió ella con incredulidad.

Él logró esbozar una tensa sonrisa.

—Confieso que no parece usted el tipo de persona que frecuenta nuestra sala de naipes o nuestro salón de fumar.

El nerviosismo se pintó en su rostro encantador.

—He venido únicamente a ver a un amigo —dijo—. Un viejo y querido amigo que...

—Sí, he oído su nombre. El sargento Welham. —Ruthveyn se permitió mirarla a los ojos directamente, escudriñándolos con atención—. Deduzco, sin embargo, que esa amistad no ha de ser ni tan antigua ni tan estrecha, puesto que ignora usted que el sargento Welham es ahora lord Lazonby. En todo caso, poco importa. En estos momentos no está en Londres.

El insulto pareció resbalarle.

—¿No está en Londres? —La dama se llevó una mano a la gar-

ganta, un gesto revelador—. ¿Cómo es posible que esté de viaje? ¿Cuánto tardará en volver?

—Varias semanas, diría yo —repuso Ruthveyn—. Tomó el tren hacia Westmorland hace dos días.

La mujer pareció tambalearse al oír aquello, y Ruthveyn tuvo la impresión de que el arrojó que demostraba no era sólo un disfraz. Era desesperación.

Se preguntó en qué clase de problemas podía haberse metido aquella joven... o en qué clase de problemas la había metido Rance Welham, maldito fuese. Sus ojos tenían una expresión perpleja y atormentada, y su mano seguía paralizada junto a su garganta.

Y pese a todo, pese a su angustia apenas reprimida, pese al temor velado de su mirada y al hecho de que Belkadi estuviera subiendo la ancha escalera, dejándolos solos, no logró desvelar su misterio. Podía verla únicamente con los ojos, y sólo alcanzaba a ver lo que habría visto cualquiera.

—Entonces se ha ido... —musitó la dama—. *¡Mon Dieu!*

Echó la cabeza bruscamente hacia atrás, su manto cayó al suelo y alargó el brazo, buscando a tientas el mostrador de recepción.

—¡Belkadi! —gritó él.

Pero era demasiado tarde. Le fallaron las piernas y, a pesar de su casi insuperable reticencia, Ruthveyn se vio obligado a tocarla. Entre el revuelo de sus faldas y sus enaguas, la levantó en brazos para impedir que se desplomara sobre el suelo de mármol.

—¡Belkadi! —repitió, sosteniéndola casi con cautela.

El mayordomo apareció de inmediato a su lado.

—Aire fresco —dijo—. Sígame.

Con sus faldas grises rebosándole sobre el brazo, Ruthveyn bajó el corto tramo de escalones que llevaba a la planta baja y siguió a Belkadi por el pasillo. El mayordomo abrió las puertas que daban al pórtico y el jardín trasero del club.

Ruthveyn depositó a la dama sobre uno de los sillones de mimbre.

—Traiga el whisky de Lazonby.

Belkadi desapareció. Ruthveyn se arrodilló para examinar el rostro de la mujer, blanco como la leche bajo la malla negra del velo, caído de nuevo a medias. No era tan joven, pensó, como le había parecido en un principio. Tenía alrededor de los ojos un tenue asomo de arrugas, como si hubiera pasado algún tiempo al sol. Pero sus pómulos eran altos y firmes, y su frente aristocrática y muy inglesa.

Le extrañó de nuevo su apellido francés y la vaga impresión de conocerlo que había sentido al ver su tarjeta de visita color marfil. Pero la dama estaba ya volviendo en sí y mascullaba algo en francés.

Entonces apartó la mirada de su rostro y se levantó.

—Voy a ponerle los pies en alto, señora —dijo—. Le pido disculpas por anticipado.

—¿Qué... qué ha pasado? —musitó ella.

—Creo que se ha desmayado. —Cogió un par de cojines de un sillón cercano—. Seguramente habrá sido por Belkadi. A veces surte ese efecto sobre las señoras.

Ella se limitó a parpadear, mirándolo con estupor cuando le levantó los tobillos, unos tobillos muy finos y bien torneados, y posó sus pies sobre los cojines. El bajo de su falda se deslizó de pronto, dejando al descubierto sus espumosas enaguas y gran parte de sus finísimos tobillos. Venciendo su renuencia, Ruthveyn volvió a ponerlo en su sitio.

Tobillos elegantes, pensó. Ojos bellísimos. Pómulos fuertes y hermosos.

Y aun así no sintió nada.

Nada, aparte del consabido deseo, de la lujuria de siempre.